

el poeta, forma geométrica del universo, la perfección de la rosa, forma y símbolo<sup>23</sup>, escribe: «Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,/botón de pensamiento que busca ser la rosa»<sup>24</sup>. Hay dos momentos esenciales en el poeta: sentir, que es también un inteligir desde la intuición y dar forma al poema, crearlo. El sentimiento es inconsciente, una predisposición de los sentidos hacia el objeto del sentimiento y a la vez una exaltación ante el objeto. La inteligencia depura el sentimiento y a la vez una exaltación ante el objeto. La inteligencia depura el sentimiento, eliminando lo excesivo o lo insuficiente, le da forma en el poema. El poema es pues combate de la sensibilidad y la inteligencia, obligadas a destruirse o a encontrarse en una nueva realidad creada. Sentir es fácil; inteligir ya es más complicado; crear es un desafío, la resolución de un problema de sentimiento e inteligencia que no siempre se resuelve. Cada sustancia tiene su forma que es su alma. Cada emoción tiene su horma, resuelta en el poema sin que se note.

Estilista es quien tiene estilo, en la prosa. Pero el verdadero estilista, el artista de la palabra y la sintaxis, de los recuerdos eufónicos como la medida, ritmo y rima, es el poeta. La forma es esencial en la poesía, es su alma. No importa tanto lo que dice el poeta (ya nada hay nuevo bajo el sol) sino cómo lo dice. Cada poeta es único en el modo de decir en la configuración de su propio estilo. Poetas geniales sólo hay unos pocos: aquellos que expresan la sensibilidad de una época, y con su inteligencia, saben darle la forma adecuada.

En *Prosas profanas* aparece otro poema «A los poetas risueños», un soneto en alejandrinos que sigue en orden de edición al poema anterior y que es una exaltación de los poetas alegres o divertidos, en contraste con los taciturnos.

Sin duda, Rubén Darío, como poeta, perseguía la alegría conquistada de los poetas puros, alacres<sup>25</sup>, o de los místicos<sup>26</sup>, pero que a él, por su sensibilidad de animal de fondo, se les escapaba. Alguna vez conseguiría goces o destellos de felicidad. Se tiene la imagen de un Rubén Darío, feliz, triunfante, alegre; pero había un Darío oscuro, dubitativo, taciturno, que más allá de los tópicos modernistas que tanto resplandecen con su luz propia en *Prosas profanas*, aparecerá con toda su hondura en *Cantos de vida y esperanza*<sup>27</sup>. Pero quede aquí su atracción por la alegría, no conseguida, su homenaje a los poetas joviales. «Anacreonte, padre de la sana alegría;/Ovidio, sacerdote de la ciencia amorosa;/Quevedo, en cuyo cáliz licor jovial rebosa;/Banville, insigne orfeo de la sacra Harmonía». Hay aquí un homenaje a la literatura universal, a las literaturas griega, latina, española y francesa, en las figuras de Anacreonte, Ovidio, Quevedo y Banville, a la sensualidad, el erotismo, la sátira alegre y la armonía. Son nombres cime-

<sup>23</sup> Entiéndase rosa «geométrica» y «forma», como simbología de la perfección total del universo.

<sup>24</sup> Véase el poema que cierra el libro de *Prosas profanas* «Yo persigo una forma».

<sup>25</sup> En clara referencia a Jorge Guillén.

<sup>26</sup> Como San Juan de la Cruz.

<sup>27</sup> *Traspasar la belleza parnasiana en dolorido sentir, del Rubén que pasa con su lira enlutada y que se abismará en lo profundo.*

ros, elegidos por un deseo o por una afinidad latina frente a la barbarie germánica. Más tarde llegará a la denuncia antianglosajona, antiyanki en su célebre poema «A Roosevelt»<sup>28</sup>.

Rubén Darío cultiva el alejandrino, de origen francés. En alejandrinos escribe sonetos como el dedicado «A los poetas risueños» y otros poemas. En el poema «A maese Gonzalo de Berceo», confiesa su devoción por el alejandrino: «Amo tu delicioso alejandrino/como el de Hugo, espíritu de España;/éste vale una copa de champaña/como aquél vale un vaso de bon vino». Ama Rubén lo antiguo, lo primitivo<sup>29</sup> y lo moderno, al ingenuo Berceo y al sofisticado y romántico Hugo. Juzga Rubén que a uno y otro poeta la primitiva cárcel del verso les es extraña e intenta revivir y dorar el primitivo alejandrino: «Así procuro que la luz resalte/tu antiguo verso, cuyas alas doroy hago brillar con mi moderno esmalte». El poema «A maese Gonzalo de Berceo», que es una exaltación del verso alejandrino, es un soneto, curiosamente, escrito en endecasílabos. (Ya se ha dicho que Rubén Darío, en particular, y los modernistas en general gustaban escribir sonetos en alejandrinos, he aquí una de sus novedades formales.) Darío resalta así las cualidades del alejandrino en el último terceto.

### ***Prosas profanas desde Historia de mis libros***

En *Historia de mis libros*, en el capítulo correspondiente a *Prosas profanas*, explica Rubén Darío los procedimientos y la génesis de los poemas que en él se contienen. Se refiere a un período decisivo de ardua lucha intelectual que hubo de sostener en Buenos Aires, en unión de compañeros de letras y seguidores, «en defensor de las ideas nuevas, de la libertad del arte, de la acracia, o, si se piensa bien de la aristocracia literaria».

Darío recuerda, que por entonces, ya habían aparecido *Azul...* en Chile y *Los raros* en Buenos Aires. Ya era un poeta conocido quien podría alzarse con el cetro de la escuela modernista. Recuerda que estaban de moda los manifiestos, y se esperaba de él una declaración de principios, unos propósitos, siguiendo la moda de entonces o la brega simbolista de Francia. Opina que no se dan las mismas circunstancias en Francia o en Hispanoamérica. Añade con ironía que si en Francia abunda el tipo de Rémy de Gourmont, «celui-qui ne comprend pas», en el nuevo continente pulula en la clase dirigente, en la general burguesía, en las letras, en la vida social. Sólo contaba Rubén con una *élite* y con el entusiasmo de una juventud deseosa de una reforma en la manera de concebir y cultivar la belleza. Él era el profeta o el adelantado de la nueva estética; por eso se le pedía un manifiesto donde estableciese sus principios.

<sup>28</sup> «A Roosevelt» es un canto al hispanismo frente a la amenaza yanqui.

<sup>29</sup> Véase la filiación modernista hacia los poetas primitivos.

Darío critica la valoración literaria o la estética de su tiempo. Afirma que por entonces, no se conocía el valor del estudio y de la aplicación constante, y se creía que solamente con el esfuerzo del talento podía llevarse a cabo la labor emprendida. Pero ya se sabe que una parte de la obra, la inicial, es fruto de la inspiración, pero el resto es consecuencia del trabajo. Se proclamaba una estética individual pero Darío creía que también era precisa la base del conocimiento del arte, una indispensable erudición y el don del buen gusto. Inspiración y trabajo; o «disciplina y oasis» que diría Juan Ramón. Darío advirtió del perjuicio de la imitación «apartando a los catecúmenos» de seguir sus huellas. Porque el poeta es en sí, profundo con un nuevo mensaje, o no lo es. El poeta no puede ser un imitador, un epígono.

Confiesa Rubén que asqueado y espantado de la vida social que había en su país de origen y tierras vecinas, se refugió en la Argentina, en cuya capital había una tradición intelectual, un medio más favorable para desenvolver sus facultades estéticas. «Abomina de la democracia funesta de los poetas» y tiende hacia el pasado, hacia las antiguas mitologías. Alaba la época prehistórica, de la conquista y aun de la colonia. Pero critica la época que le tocó vivir: «Mas con nuestro estado social y político posterior llegó la chatura intelectual y períodos históricos más a propósito para el folletín sangriento que para el noble canto».

En el poema «Era un aire suave...» confiesa Rubén seguir la preceptiva del «Arte Poética» de Verlaine, resumida en la célebre frase: «De la musique avant tout chose». «El paisaje, los personajes, el tono; se presentaban en ambientes siglo dieciochesco. Escribía como escuchando los violines del rey». En «Divagación», propone un curso de geografía erótica, invita al amor bajo todos los soles. Es interesante este poema porque en él flexibiliza, hasta donde le fue posible, el endecasílabo. Juzga que la «Sonatina» es la más rica y musical de todas las composiciones del libro, la que más boga logró en España como en Hispanoamérica. Banville influye en «Del campo» y en «Canción de carnaval». Madrigalizó en «A los ojos negros de Julia» y en «Bouquet». «El faisán» está escrito en tercetos monorrimos; «El país del sol» está escrito a la manera de los *Lieds de France* de Catulle Mendès y contiene los ecos de *Gaspard de la Nuit*. En «Heraldos» demuestra en la práctica la teoría de la melodía interior. «El juego de las sílabas, el sonido y valor de las vocales, el nombre clamado heráldicamente, evocan la figura oriental, bíblica, legendaria, y el tributo y la correspondencia».

En «Coloquio de los centauros» exalta las fuerzas naturales, el misterio de la vida. En «El poeta pregunta por Stella», Darío rememora a un angélico ser desaparecido, a una hermana de las «liliales» mujeres de Poe. «Elogio de la seguidilla» es un homenaje a Andalucía. «Sinfonía en gris

mayor» trae el recuerdo del mágico Theo, del exquisito Gautie y su «Symphonie en blanc mageur». En «Responso a Verlaine» prueba Darío su devoción y homenaje sentido por la muerte del *pauvre Lelian*.

La siguiente parte del volume, «Recreaciones arqueológicas», indica ya en su título, su contenido, ecos y maneras de otras épocas. Con ello demuestra Rubén Darío que para estar en la modernidad, o el modernismo, es necesario el conocimiento del pasado, el estudio de los clásicos y primitivos.

En «Friso» recurre al verso libre. En «El reino interior» está presente la influencia prerrafaelista de Dante Gabriel Rosetti. En «Decires, layes y canciones» se renuevan antiguas formas estróficas, con versos compuestos y arreglados a la manera de Johan de Duenyas, de Johan de Torres de Valtierra, de Santa Fe. En la serie de sonetos que lleva por título «Las ánforas de Epicuro» hay una exposición de ideas filosóficas. Otros poemas, reconocidos y ya comentados son «Ama tu ritmo» o «A los poetas risueños». «La hoja de oro» canta o llora la tristeza del otoño. «Marina» es una página o reflejo del vivir rubeniano. Puntualiza Darío que el soneto que aparece en otras ediciones con el título «Dafne», por equivocación, debe llevar el de «Syrin».

Termina Rubén Darío su comentario a *Prosas profanas* con estas palabras: «Y tal es este libro, que amo intensamente y con delicadeza, no tanto como obra propia, sino porque a su aparición se animó en nuestro continente toda una cordillera de poesía poblada de magníficos y jóvenes espíritus. Y nuestra alba se reflejó en el viejo solar». Hermosa valoración y broche para cerrar estas páginas.

**Amancio Sabugo Abril**